

Fernando Pairicán Padilla
“Malón. La rebelión del movimiento mapuche 1990-2013”.
Santiago de Chile, Pehuén Editores, 2014, 420 págs.

El libro de Fernando Pairicán Padilla “Malón, la rebelión del movimiento mapuche. 1990-2013”, se constituye como una obra compleja, con múltiples hipótesis y aspectos metodológicos que lo convierten en un texto singular. Surgido en un contexto histórico en donde la llamada “cuestión mapuche” ha generado una frondosa bibliografía, “Malón” está llamado a convertirse en un referente básico para iniciar nuevas investigaciones. Ya sea porque se compartan algunos de sus polémicos planteamientos o, por el contrario, no se esté de acuerdo con ellos, “Malón” deja a la naciente historiografía mapuche un verdadero programa de investigación, sobre el cual deberán volver el propio autor y las nuevas generaciones de científicos sociales interesados en esta materia.

Como su título lo señala, esta obra se concentra en la trayectoria de las organizaciones mapuche desde el término de la dictadura hasta nuestros días. Pero como parte de la compleja opera-

ción que esconde, su verdadero punto de inicio está radicado en el momento de la ocupación del territorio mapuche por el ejército chileno, a comienzo de la década de 1880. Así, el telón de fondo de esta historia es la colonización de un territorio, el intento de extinguir una cultura y de suprimir la identidad mapuche bajo el nombre genérico de la “chilenidad”. Aunque a muchos cuesta entender esta óptica –que el Estado chileno y sus habitantes han sometido e intentado hacer desaparecer a un pueblo distinto a ellos- esta es la óptica general que Pairicán propone para entender “la rebelión del movimiento mapuche”. Es decir, el conflicto mapuche contemporáneo, como un capítulo más de una larga historia de resistencia política y cultural a la dominación colonizadora de los chilenos. A contrapelo de las tesis “integracionistas”, que apuestan a la disolución del pueblo mapuche producto del mestizaje y la aculturación con los chilenos, “Malón” apuesta por la continuidad de una más que

centenaria resistencia. En el fondo, esta obra puede ser comprendida como la reconstrucción de un episodio, el más reciente, de la larga lucha por la autodeterminación del pueblo mapuche.

Si este primer planteamiento se inclina por resaltar la conexión entre el siglo XIX y el siglo XXI, el periodo 1990-2013, nos dice el autor, tiene un conjunto de particularidades históricas que están en la raíz de lo que denomina como “segundo ciclo” del movimiento autodeterminista mapuche, que lo hace muy distinto al anterior. Aquí se conjugan aspectos estructurales que cambiaron el rostro productivo de Wallmapu –la aplicación del modelo neoliberal durante la dictadura y la llegada de las compañías forestales a la región- con otros subjetivos, vivenciales, emanados de la voz de los propios protagonistas de esta historia. Pairicán explica que la “experiencia” del despojo, siguiendo la clave historiográfica del historiador británico E. P. Thompson, fue determinante para el resurgimiento del movimiento autodeterminista en la década de 1990. El andar a “pata pelá”, los kilómetros a pie para ir a la escuela, las burlas “solo por ser indios” en la escuela...el percatarse de que se avergonzaban caminar junto a su madre mapuche, fueron algunas claves para el inicio de lo que el autor denomina la “mapuchización” de Wallmapu a fines de los 80 y principios de los 90. Pero como la “toma de conciencia” o recuperación del “orgullo mapuche” -como prefiere denominarlo Pairicán- no fue

un proceso solo endógeno. Por ello se resalta el papel que tuvieron durante la década de 1980 los Centros Culturales Mapuche y la agrupación AD-MA-PU, encabezada por José Santos Millao, uno de los primeros en hablar de que el objetivo final de la lucha de su pueblo no solo era la recuperación de tierras, sino que la autodeterminación. De esta manera, el autor destaca la importancia de la militancia mapuche, las subjetividades de sus experiencias de vida bajo el naciente Chile neoliberal, que conectadas con otras, generó una generación militante que cambiaría el curso de la lucha por la autodeterminación mapuche.

Así, llegamos al segundo planteamiento central de Malón, que señala que no ha existido una sola estrategia de lucha del movimiento autodeterminista mapuche. En efecto, desde el Consejo de Todas las Tierras y pasando por la Coordinadora Arauco-Malleco y la Identidad Territorial Lafkenche, entre otras, el autor reconstruye el origen y desarrollo de las dos vías predominantes: una de corte más institucional, más dispuesta a la negociación con el Estado chileno y otra, más rupturista, reacia a la negociación y que reivindica formas de lucha más radicales –violentas- para luchar por la autodeterminación. En este sentido, “Malón” se convierte en una obra indispensable para cualquier persona interesada en comprender el llamado “conflicto mapuche”, más allá de las caricaturizaciones de los medios de comunicación ligados a los grandes

grupos económicos nacionales e internacionales, directamente involucrados en la problemática. Ni terroristas, ni locos, ni delincuentes: militantes mapuche que buscan la autodeterminación de su pueblo. En el juicio personal de cada uno de los lectores quedará la decisión de compartir tal o cual vía para lograr este objetivo.

Con todo, el autor no evita las polémicas y a lo largo de las páginas de “Malon” queda claramente expuesta su evaluación histórica del papel que han jugado ambas vías. En primer lugar, unas de las conclusiones más importantes que arroja esta obra es que la vía rupturista, representada fundamentalmente por la Coordinadora Arauco-Malleco, fue determinante para el posicionamiento de la cuestión mapuche en la agenda nacional. Sin el accionar radical de los militantes de la CAM, se desprende de “Malon”, el movimiento autodeterminista todavía no saldría de lo simbólico y cultural. Sin desmerecer la importancia de estos aspectos, el que hoy día se haya logrado entender el significado de las demandas mapuche más de fondo, se relaciona, en buena medida, con la capacidad operativa y política de la CAM. Las siembras productivas, la lucha frontal contra el gran capital representado por las forestales, las recuperaciones de terrenos, la disposición a sacrificar la vida, marcó un hito imperecedero de la causa por la liberación nacional mapuche. Algunos dirán que la indignación por la represa de Ralco o el incumplimiento de los

acuerdos de Nueva Imperial, pactados con la Concertación en 1989, fueron los gatilladores de la lucha mapuche. Pero a lo largo de más de cien años de colonización chilena, los mapuches pueden contar infinidad de hechos para estar indignados. La diferencia fue que, hacia fines de la década de 1990, afloró una nueva forma de hacer política en el movimiento mapuche, que definió que la violencia política debía formar parte del repertorio de acción del movimiento. Fue un momento de quiebre histórico, que está en la génesis del nuevo cuadro que hoy vive la cuestión mapuche en Chile. La mapuchización de la que habla Pairicán, la recuperación del orgullo nacional mapuche, cristalizó de la mano de los nuevos konas y weichafe, legítimos herederos de los guerreros ancestrales del pueblo mapuche.

Así, aunque pueda aparecer como políticamente incorrecto, el texto construye un relato convincente, minucioso y detallado de los principales eventos de la lucha frontal realizada por la CAM. Más tarde, cuando la represión encarceló a sus militantes, se desarrolló la solidaridad con sus hermanos prisioneros del Estado chileno. Así como las acciones radicales jugaron su papel, las huelgas de hambre de los presos políticos mapuche terminaron por ratificar la identidad de un pueblo, simbolizada por la presencia masiva de la bandera.

En segundo lugar, “Malon” evalúa el devenir posterior que tuvieron las dos vías del movimiento mapuche. Y así como se reconoce el papel indis-

pensable que tuvo la vía rupturista para patear el tablero y abrir nuevas sendas en la lucha por la autodeterminación, también se ensaya una crítica a la absolutización de esta vía. En momentos en que el movimiento pasaba a otra etapa, golpeado por la represión, enfrentado a nuevas estrategias negociadoras del Estado (proyecto Orígenes, Nuevo Trato, devolución de algunos predios), que fueron miradas con simpatía por algunas comunidades y el propio cansancio de algunos tras años de despliegue del conflicto, se comenzó a agotar la vía más rupturista. Las diferencias al interior del movimiento aparecieron sobre cómo actuar en este nuevo escenario. La incompreensión de las consecuencias del cambio de las condiciones políticas por parte del sector más radical, terminaron por fraccionar a la CAM. Pairicán, lejos de la apología de un relato heroico que mira solo las fortalezas de su objeto de investigación, también se detiene en las dificultades y conflictos que vivió el movimiento autodeterminista durante la primera década del siglo XXI.

En otro aspecto, el texto hace planteamientos históricos importantes para el actual debate sobre la cuestión autodeterminista mapuche. Nos parece especialmente relevante la tesis que propone la existencia de una “cultura de la violencia” en Wallmapu, impuesto por los terratenientes desde los tiempos de la Reforma Agraria, que, a su vez, hunde sus raíces en la conquista del territorio mapuche. A este prota-

gonista del conflicto se le posiciona casi como una víctima de las circunstancias, atrapado entre la apropiación del Estado del territorio mapuche y la aspiración de estos por recuperarlo. Pero “Malon” nos recuerda que, lejos de ser un actor pasivo, muchos han sido protagonistas de instaurar un clima de violencia en la zona. Y no solo de la manera más característica, ligada a la escopeta y los balazos (que por cierto ha estado presente), sino al racismo, al abuso cotidiano, a la explotación y a la humillación de todos los días. Reafirmando la riqueza de planteamientos e hipótesis de esta obra, la tesis sobre la existencia de una consuetudinaria “cultura de la violencia” en Wallmapu, impuesta por los colonizadores y ocupantes de la región, deberá ser abordada por futuras indagaciones históricas. Así, los actuales estallidos de violencia en la Araucanía, están lejos de ser una excepción, sino que serían parte de su larga historia de despojo.

Otro aporte trascendente que establece “Malon”, se refiere al origen y desarrollo de las organizaciones autonomistas. Cuando irrumpió el ala más radical, descrita en el estupendo capítulo sobre los camiones forestales emboscados e incendiados en la localidad de Lumaco en 1997, las autoridades de la época descartaron de inmediato que sus autores pudieran ser mapuche. El discurso, que se repetiría por años, se centró en responsabilizar a organizaciones de izquierda que estarían operando en la zona. O, en su defecto,

exmilitantes de izquierda radical, que habrían reorientado su accionar en la zona de la Araucanía. A comienzos del siglo XX, la clase dominante chilena se negaba a reconocer que el descontento popular surgía producto de la explotación ejercida sobre los asalariados. Por esta razón, explicaba las huelgas por la supuesta presencia de agitadores profesionales, pagados por el “oro de Lima” o más tarde por el “oro de Moscú”. Cien años más tarde, ese mismo sector social hacía lo mismo con las reivindicaciones mapuche. Vascos, colombianos, zapatistas, izquierdistas trasnochados... cualquiera menos mapuche. A través de este análisis, no solo se intentaba desconocer la legitimidad de sus demandas, sino que apenas escondían su racismo, al desconocer la capacidad de los mapuche para organizarse y poner en jaque el statu quo político y social en la Araucanía.

Si algo es indesmentible hoy en día, es que el movimiento mapuche, si bien tuvo muchas influencias locales (especialmente proveniente de organizaciones de izquierda chilenas) e internacionales (la reemergencia indígena en América Latina y la cuestión nacional en otras latitudes), su resultado es autóctono, es mapuche en sus formas de organización y en sus planteamientos. Tributario de distintos manantiales de influencia ideológica y práctica, con todo, las organizaciones pertenecientes al movimiento autodeterminista mapuche pueden alegar que sus raíces fundamentales están en su propia ex-

periencia de lucha. Se acabó el tiempo del paternalismo y dependencias.

Por otro lado, el texto de Fernando Pairicán es un importante insumo para entender la historia reciente de Chile. Existe un amplio consenso entre los investigadores que en Chile, durante la década de 1990, los movimientos sociales estuvieron desactivados, mientras que gran parte del país vivía la resaca provocada por la sociedad de consumo neoliberal. Tal vez reflejo de ese racismo cultural que los chilenos portamos, muchas veces coadyuvamos a sacar de la historia a los pueblos originarios existentes en nuestro país. Es el caso de lo ocurrido con los mapuche en los '90, porque, luego de leer “Malón”, resulta evidente la enorme injusticia que implica afirmar que durante esa década los movimientos sociales estuvieron ausentes. Para los mapuche, de la mano de sus organizaciones autodeterministas, fueron años de agudas luchas, ganancia de experiencias organizativas, decepción ante las tibias respuestas de los gobiernos democráticos y maduración de conceptos políticos e ideológicos. Los 90 no fueron años de “pax neoliberal” en Chile, porque los mapuche en Ralco, Lumaco, Tirúa, Temulemu, Didaico, Lleu Lleu y otros tantos lugares, dieron importantes pasos en pos de la causa autodeterminista.

Desde el punto de vista historiográfico, esta obra plasma la original forma en que su autor entiende la reconstrucción histórica. Por una parte, hay un

gran énfasis en el contexto en que se producen los hechos. Los cambios estructurales provocados por el modelo neoliberal, las expectativas generadas entre los mapuche ante los nuevos gobiernos democráticos, la posterior decepción por su magro desempeño, en fin, los mencionados reacomodos tácticos en tiempos de la presidencia de Ricardo Lagos, etc. Pero “Malón” está lejos de ser una obra estructuralista. Las emociones, lo irracional, los afectos, los estados de ánimo, son también fuente de explicaciones sobre el origen del curso de la historia que se narra. En este aspecto, resaltan los largos pasajes narrativos que contiene la obra, en donde se describe el accionar de los militantes mapuche, la magnitud de los enfrentamientos y el dolor por los caídos. Algo que podría pasar por descripciones innecesarias en otras obras, se convierten en una pieza fundamental de “Malón”. A través de ella, el lector puede terminar de comprender que durante los últimos años, en el sur de Chile, se ha desencadenado una verdadera “Nueva Guerra de Arauco”. El vívido relato de los hechos, hace que el lector lea este libro de historia como una crónica, como un relato que a muchos recordará la tradición oral del pueblo mapuche.

Por último, tal como lo señalan los interesantes prólogos del texto, “Malón” es una obra coral, donde no hay un solo protagonista. En esta obra, la lucha autodeterminista, si bien en distintas fases de su historia tuvo unos ac-

tores más importantes que otros, aparece como una construcción eminentemente colectiva. Ningún sector del abigarrado mundo de las organizaciones mapuche, puede por sí sola, apropiarse de ella. Además, tampoco hay en esta obra seres especiales o iluminados. Por el contrario, el militante autodeterminista, a la luz de “Malón”, es una persona común y corriente, solo que convencido de la justeza de su lucha. Al respecto, es notable la descripción de Aníbal Salazar Huichacura, acusado de la quema de camiones en Lumaco y símbolo de la nueva subjetividad combativa de los militantes del movimiento autodeterminista. Capturado luego de casi dos años de clandestinidad, se narra que un joven fue a visitarlo a la cárcel. Quien en su imaginario debía ser un robusto héroe de historieta, era, en realidad, “un flaquito, chiquito, blanco, más encima machucado”, por haber peleado con los gendarmes. Estos son los protagonistas de “Malón”, hombres y mujeres de la tierra, dispuestos a doblar el curso de la historia, en base sobre todo al optimismo de la voluntad y a la certeza que les da la razón.

En resumen, estamos en presencia de una obra destinada a un amplio espectro de público. Los historiadores encontrarán un novedoso texto de historia política reciente, centrado en un actor ignorado, hasta ahora, por este género. Los interesados en los asuntos político-contingentes de Chile encontrarán una visión esclarecedora e independiente del “conflicto mapuche”. Por

último, los simpatizantes y militantes de la causa autodeterminista mapuche, encontrarán un contundente aporte político e histórico, que termina reflexionando sobre la urgente necesidad de la unidad de las organizaciones mapuche.

Por este motivo, “Malón” se constituye como uno de los libros más importantes que ha entregado la academia chilena en el último tiempo. Esperamos

que el camino seguido por su autor sea imitado por la nueva generación de historiadores mapuche, que tal como Fernando Pairicán lo demuestra en su libro, tienen la ardua tarea de escribir, con voz propia, la historia de su pueblo.

ROLANDO ÁLVAREZ VALLEJOS.
IDEA – UNIVERSIDAD DE
SANTIAGO DE CHILE